

PESADILLA

Por el intenso calor sudaba a mares, a ríos, a lagos. Su vestido blanco vaporoso no le servía de nada para quitarse esa sensación de fuego en todo su cuerpo. No necesitaba tocar su piel para saber que estaba pegajosa y mal oliente. Se tuvo asco de si misma. Pronto lo olvidó. Tenía que moverse de ese sitio, caminar, correr; de otro modo quedaría sepultada. No fue fácil. La tupida muralla le impedía cualquier movimiento. Siempre había sido fuerte y hoy no se iba a dejar vencer. Empujó con todo su cuerpo, con los brazos trató de apartar a los que la comprimían, uso piernas y rodillas para avanzar unos cuantos centímetros. De nada le sirvieron sus gritos y súplicas. Con dolor se dio cuenta que por el esfuerzo había perdido su bolsa de mano, y lo peor, que su vaporoso y blanco vestido sufría un nuevo desgarró. Pronto olvidó la pérdida y el desgarró. Lo importante era llegar al fin, a la meta que se había trazado meses antes. Supo en ese momento que debió haber intentado antes lo que ahora era un tormento. Nada cambiaría, pensó, la experiencia no siempre sirve. Su meta era Pedro, su novio, amigo, amante. Qué lo nombren como quieran, para mí es sólo Pedro, había afirmado no hacía ni una semana. Ella misma tampoco lo podía catalogar. Hoy tenía que hablar con él, llegar al sitio dónde la esperaba. Dio un cuarto de vuelta a su cuerpo para tratar de encontrar un espacio en la muralla humana que se alzaba amenazadora frente a ella. A lo lejos percibió un claro -un oasis-, corrió hacia él. En la carrera perdió un tacón. Respiró con libertad, profundamente. Tuvo que toser. El olor era insoportable, olor a plantas en descomposición, a aguas estancadas, a gases putrefactos. Estiró los brazos, movió el cuerpo. El espacio, un círculo de un metro de circunferencia, le pareció

PESADILLA

paradisíaco. Por primera vez en el día sonrió. La sonrisa quedó congelada al ser embestida por miles de seres que la levantaron en vilo trasladándola a otro sitio lejano. Quiso regresar. Nuevamente los gritos, el sudor, la fuerza de todo su cuerpo contra otros cuerpos, los rodillazos, las patadas. Un segundo desgarró a su vestido y la pérdida de su reloj. Creyó caer y ser aplastada por la masa. En su desesperación gritó como nunca lo había hecho antes. Nada se movió a su alrededor. Temió nuevamente morir, ahora por asfixia, por falta de oxígeno. Estiró todo su cuerpo para respirar. Otra vez fue levantada en vilo y depositada en un sitio diferente. La masa que la condujo desapareció, desapareció como en un acto de magia, desapareció en segundos. De pronto estaba sola, completamente sola. Su pánico fue aún más intenso. Interiormente deseó continuar inmersa en la multitud, al menos eso era vida, no el vacío, la muerte. Automáticamente, por un destino ancestral supo lo que tenía que hacer. Dio unos pasos y bajó en la estación terminal del Metro.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1994